

## MI TRIBUTO

Por el Doctor Francisco Henríquez y Carvajal.

Yo también vengo desde exóticas playas, a donde el furibundo vendabal de las luchas patrias me ha arrojado, a unir mi voz al gran concierto de alabanzas que hoy se entona en la República Dominicana para ensalzar las virtudes y el saber de Hostos, el Gran Maestro. Su nombre es amado; su memoria es venerada. Su figura en medio de la noche sombría que nos envuelve, castigo al parecer perpetuo de nuestros extravíos, sin que podamos encontrar el amplio y precioso derrotero de futuro engrandecimiento de un pueblo, hi el camino certero de la paz y de la dicha tan necesarias como codiciadas por una sociedad que gime infeliz. Esa figura fulgurante es un faro; es una figura colosal que alza en su diestra una antorcha encendida. Es una estrella que guía. Es todo un conjunto armónico de enseñanzas nobles y verdaderas, accesibles aunque a menudo profundas. Es un raudal inagotable de doctrinas, es un torrente de principios fundamentales; es una fuente luminosa en que brillan con todos sus colores las grandes leyes de la armonía universal en el esplendor de una gran concepción filosófica de la naturaleza.

Es preciso conocer a Hostos; profundizarlo, para encantarse en él; encantarse en él, para amarlo; amarlo, para darlo a conocer, para enseñarlo como es él en verdad; conocerlo profundamente, conocer en todo su alcance el gran poder de su mente razonadora y el noble sentimiento que lo animó, que le dió siempre una fisonomía de inacabable bondad, para tal como es, mostrarlo al pueblo y justificar así la gran veneración que por él guardan sus discípulos y sus amigos. Los que deslumbrados por el brillo de sus palabras sólo se han, por desagravio, apresurado a pagar cuantiosos tributos a la peculiar forma literaria del Maestro, corren inevitablemente el riesgo de no darlo a conocer tal como él es en la fuerza de la verdad. Noble deber es, ineludible, penetrar cada día más en el fondo mismo de su naturaleza intelectual, nutrirse en el abundoso seno de su doctrina y revelar en hechos positivos y provechosos el valor intrínseco de su escuela. Demostrar el valor práctico de esa escuela, sin empeñarse en insensatas luchas, ni en fantásticas empresas de demolición de monumentos de pasadas épocas, sólidamente cimentadas, que son el símbolo de esas épocas y los documentos subsistentes y resistentes de la historia, así del arte, como de la ciencia. Empeño vano es demoler, cuando, sobre todo, no se reconstruye. Y obrar así es contradictorio con el espíritu mismo de la escuela hostosiana, cuya base es ante todo y sobre todo natural y sociológica, y en cuyo frontispicio está

en grandes letras, de acero inoxidable, escrito como lema el principio de la evolución.

Todos cuantos males provienen a los pueblos hispanoamericanos, y entre ellos al dominicano en primer término, se derivan precisamente del desconocimiento absoluto de esa gran ley. Acaso repítanla de coro; pero no la poseen en esencia, en espíritu, en verdad, en carne viviente. Si la conocieran, sabrían avanzar por los únicos caminos posibles hacia un objetivo cierto, hacia un porvenir inequívoco, hacia un bienestar, grande o pequeño, pero positivo. Mas lo desconocen. Desconocen también la psicología de los pueblos. Desconocen las naturales leyes que rigen los movimientos de las masas sociales, y por desconocer esas leyes, erigen en prácticas y principios, que aplican a destajo en todos los momentos y en todas las circunstancias, los resultados de empíricas y groseras observaciones del medio, observaciones que no se elevan ni una pulgada siquiera por encima del nivel de la tradición común de los pueblos u hordas primitivas, todavía en un estado de prehistoria o prepositivo.

Difundida la enseñanza hostosiana con razón y con amor, con absoluta conciencia del bien que se lleva a cabo, sin exageración de cenáculo, sin extravagancias de inmoderados innovadores, sin egoísmos de explotadores de posiciones sociales y de famas y prestigios, sino siempre y sencillamente con razón y con amor, como fué perenne intento del Maestro, el pueblo de la República cambiaría totalmente de aspecto al cabo de pocos años: encontraría por fin el camino cierto de su paz, y de su dicha, y no ofrecería más el lamentable espectáculo de desgarrarse inicuamente las entrañas a los ojos atónitos del mundo circunstante. Pero esa enseñanza, repito, debe de ser genuina, no falseada; paciente e inquebrantable, como obra de apóstoles.

Yo lo comprendí así, cuando desde los primeros años de mi juventud y antes de que conociera la escuela hostosiana, aspiré confusamente a algo semejante y me uní, para llevar a la vida de los hechos, nuestras comunes ideas a mi inolvidable amigo y compañero José P. Castillo, cuya ulterior incurable enfermedad mental es una de las más grandes tristezas de mi vida. Queríamos levantar el nivel moral de nuestro pueblo, y adoptamos por divisa aquella sentencia de Laboulaye: "si queréis matar el despotismo, educad al pueblo."

Fundamos nuestra escuela; concurrimos a ella con las luces que una robusta instrucción científica adquirida bajo la dirección del también para mí inolvidable y primer maestro, Baldorioty de Castro, puso, mediante asiduo trabajo, en nuestro cerebro; pero ignorábamos la pe-



dagogía y carecíamos de sistema. Afiliado a la Normal desde su nacimiento, pronto abarqué el espacioso horizonte que ante mis hambrientos ojos desarrolló el nuevo Maestro. Un soplo de vida nueva animó desde ese día mi espíritu y ya no descansé: diligente, afanoso, y ansioso cada vez más, de penetrar hasta el fondo de este nuevo campo de verdad y de acción, multipliqué mis esfuerzos y aprendí para enseñar, y enseñé con amor y abnegación, porque ya veía realizarse, al fin, bajo una dirección inesperadamente poderosa, el objeto de todas mis vigili-  
 as.

La pedagogía, el derecho constitucional, la moral apoyada sobre bases nuevas de leyes naturales; las ciencias todas presentadas ahora bajo un aspecto como nuevo; la idea general del mundo, del universo entero, desarrollada de un modo rigurosamente científico, es decir, natural: todo era materia para deleitarse en su trabajo mental, sin duda, rudo, pero al mismo tiempo por todo extremo consolador. Y así se pasaron, sin sentirlos, siete años, durante los cuales oí cada día la enseñanza del Maestro y le ayudé con decisión y firmeza a difundirla, simultáneamente en la Escuela Normal, en la Escuela Preparatoria y en el Instituto de Señoritas que fundó y dirigió la ilustre poetisa Saíomé Ureña, mi inolvidable esposa.

Mis estudios profesionales me separaron después del lado del Maestro, empujándome hasta Europa, y las circunstancias peculiares del régimen político de la República, lo obligaron a él a salir de Santo Domingo y buscar otra esfera de acción mucho más amplia y de mayor fama y prestigio, pero no más amada por él, en el lejano país de Chile. Los años transcurrieron; grandes hechos se verificaron, dolorosos unos, otros felices, en la vida pública y en la vida internacional, y cuando Cuba al fin surgía de su última sangrienta y costosa guerra, y parecía Puerto Rico, y se derrumbaba el poder tiránico de Heureaux en Santo Domingo; al aspirar un nuevo aliento de libertad y de nobles esperanzas, volvimos los ojos al Maestro, que en vano luchaba por mejorar la suerte de Borinquen, y le llamamos.

Fué un día glorioso; fué una mañana espléndida aquella en que corrimos a recibirle, con los brazos abiertos, y lo paseamos triunfante por la vieja ciudad que parecía renacer y hermosearse al calor de un nuevo sol.

Quién nos hubiera dicho ese día, que no muy tarde después la República iba a desgarrarse brutalmente las entrañas en presencia de aquel maestro soñador, sajón por la razón y latino por el corazón y la fantasía. Su alma se llenó de tristeza y sus fuerzas corporales decayeron. El, como todos los nobles corazones que aún habitan aquella tierra infeliz, que sólo inspira cantos elegíacos a las musas nacionales, pagó enorme tributo de su resistencia vital a la zozobra perenne, al dolor perpetuo, al sufrimiento continuo que en nuestra patria reinan como inexora-

bles señores. El tributo fué grande; su sistema nervioso sufrió una extenuación visiblemente progresiva, y la enfermedad mortal le sorprendió en la hora del crepúsculo. Antes de esa hora, la sonrisa, siempre bondadosa, que contraía sus labios, siempre elocuentes, llevaba impreso un rasgo tiernísimo, casi imperceptible, de profundísima tristeza, presagio inequívoco de próxima catástrofe. Yo lo percibí alguna vez al pasar y sentí frío en mi corazón, herido también, si no de muerte, de gravedad. Empero, la esperanza finge arreboles en donde sólo hay sombras, y la muerte, sorda a nuestras protestas, cruel, como siempre invencible, con mano de hierro nos lo arrebató de entre los brazos con que le formá-  
 bamos estrecha barrera de defensa sus discípulos y sus hijos. Yo ví aquella cabeza majestuosa, escultural, griega de los mejores tiempos de Atenas, congestionarse, ponerse enormemente pesada, como si todos los pensamientos por ella elaborados se acumularan de repente en su cerebro y convirtieran toda su fuerza psíquica en fuerza ponderativa de gravitación universal, y caer. Las venas se hincharon; las arterias latieron lenta y fuertemente primero y después progresivamente desfalleciendo y precipitándose, y el ojo se inmovilizó y la lengua no respondió más a la voluntad, ni al pensamiento. La respiración tomó el ritmo del suspiro, y el semblante el majestuoso aspecto del ensueño de un alto ideal. Pero aquella grande alma no decayó nunca en su amor a la belleza y al bien. La naturaleza era su encanto; la naturaleza con todo el esplendor de sus armonías, con todo el rigor de sus leyes; así como el desorden social era su horror; el desorden social con todos sus dolores, con todos sus productos informes y sus abortos monstruosos, negación absoluta de las leyes absolutas de la evolución hacia el bien, de que es capaz el hombre, como artífice de su propio destino; aunque confirmación positiva de las mismas leyes positivas que rigen las perturbaciones sociales, como otras rigen las perturbaciones físicas o biológicas. Y ese amor del bien y de la naturaleza era tan imperioso en él, que hasta en sus últimos momentos de ello nos dió expresivo testimonio. Ya comenzaba a bajar él la escala que lo conduciría al insondable abismo de Nirvana; o mejor aún, ascendía por la escala de Jacob hacia las radiosas regiones de la luz inacabable, cuando brusca e intencionalmente corté yo, que como médico estaba a la cabeza de su lecho de dolor, el hilo de las tristes reflexiones que en aquel momento visiblemente embargaban el ánimo de sus familiares, preguntando si no había visto como estaba el mar, tempestuoso, desencadenado, amenazando en su furor tragarse la tierra. El maestro oyó y no pudo contenerse. Trató personalmente de incorporarse, y con voz confusa y tono casi suplicante, como si nosotros, los que le rodeábamos, le hubiésemos conducido a aquella impotencia, prorrumpió: "Pues déjenmelo ver; llévenme a verlo de cerca". Yo hice abrir todas las puertas y ventanas de la alcoba, desde donde era visible el soberbio espectáculo, y un brevísimo instante él



lo contempló. Y volvió a la almohada a caer pesada la cabeza...

Tal era aquel espíritu. Cercano al desenlace de la vida aspiraba a la sutil delicia que le proporcionaba la contemplación de un hermoso cuadro de la naturaleza. Su espíritu es modelo de espíritus. El es radioso faro en la noche tenebrosa de nuestras desdichas. Feliz aquel que sea capaz de comprenderlo bien, de poseerlo en to-

da su intensidad, y logre vivir como él toda su vida... Seguidlo, si podéis...

Dr. Henríquez y Carvajal.

Habana, 7 de abril de 1904.

De Eugenio M. Hostos, *Biografía y Bibliografía*. Santo Domingo, Imp. Oiga, 1905. Págs. 346-352.

## LA NORMAL

Por el Doctor Américo Lugo.

La Escuela Normal, la alta creación del Sr. Hostos, la institución que más honraba al país, la que formó los primeros maestros dominicanos dignos de este nombre, la única en difundir instrucción cívica y en aplicar método científico en la enseñanza, ha sido suprimida por la nueva Ley General de Instrucción Pública.

Esta ley dá por razón, "la necesidad de acabar con el dualismo de elementos didácticos a que ha dado margen la especialidad del método de enseñanza de la Normal." Al declarar necesidad imperiosa la de "dar unidad y concordancia a los métodos de enseñanza practicados en todos los establecimientos docentes de la República", correspondía examinar cuidadosamente todos los métodos practicados para escoger el mejor, y refundir "en el plan de la escuela que lo sustentase, el plan de todas las las escuelas de método inferior."

Ahora bien, los métodos practicados en la República eran los siguientes: el de la Escuela Normal, método objetivo, explicativo, sin ceñirse a textos, en que racionan maestros y discípulos; y el de las Escuelas Superiores Primarias que seguían el puramente mnemónico, sin más explicación que la del texto obligado, en que no racionan ni maestros ni discípulos. La circunstancia de mayor o menor simultaneidad o individualización, ni era característica en ninguna de nuestras escuelas, ni puede serlo en escuela alguna. Los métodos de enseñanza son procedimientos científicos de que el maestro se vale para llevar la verdad al entendimiento tanto de un solo discípulo como de muchos: proceder individual o simultáneamente en asunto de táctica escolar que debe dejarse a discreción del maestro, y que de ningún modo suministra base racional para una clasificación de métodos de enseñanza. Así pues, de ambos métodos practicados en el país el mejor a todas luces era el seguido por la Escuela Normal que, en este punto, podía servir de modelo en su género; y,

sin embargo, para suprimir el método se suprimió la Escuela.

La Ley añade que la Normal no ha conseguido el objeto para que fué creada: "completar el plan de enseñanza nacional unificado por medio de maestros formados teórica y prácticamente, la instrucción pública." Si la Normal no había conseguido por completo ese objeto, camino iba de éllo. Y aun nos atrevemos a asegurar que ya lo habría conseguido y de modo brillante y honroso para el país, si éste no hubiera calumniado a la Escuela durante los primeros años de su fundación, si no la hubiera dejado luchar y debatirse siempre sola, aunque siempre grande y digna, en medio a mil contrariedades y obstáculos con que la envidia, la ignorancia, el fanatismo trataron de atajarle el paso, y, sobre todo, si no se hubiera violado aun en el seno mismo de la Normal, aquella prescripción legal en virtud de la cual los Maestros Normales tenían derecho de precedencia y primacía sobre los demás de la República para la dirección de las escuelas públicas.

Mucho pues había conseguido la Normal. Respeto, en todo el país: hasta ensalzada por la mayoría de los que una vez la combatieron. Muchos maestros formados en sus aulas; ilustrados todos, dignos todos, honra todos de la patria que en ellos vé el grupo de jóvenes que mejor conducta observa entre los de su edad, ya porque no visita nunca garitos ni restaurantes, ya porque vive consagrado al estudio, llenando los asientos del Instituto Profesional o retirado humildemente en un rincón de su hogar, ya porque cumple con celo y conciencia singular con la noble profesión de la enseñanza. En tercer lugar, el triunfo del método objetivo-explicativo en el campo de nuestra enseñanza nacional: desde que en ocasión memorable el Padre Billini reconoció buena la obra de la Normal, la gente de la palmeta fué acercándose para contemplar la obra y volverse contagiada. En el dualismo que la nueva Ley ha querido matar en el seno de nuestras escuelas públicas, triunfante andaba el verdadero método de enseñanza. El dualismo

